

“Dios es a-tiempo: La pasión clínica de una paciente creyente”

Lic. Marcos Kastelic- licmarcoskastelic@gmail.com

Bien sabido es que Freud y Lacan hablan sobre religión a lo largo de sus letras, conferencias y menesteres. Basta con leer a Freud en su concepción de que la religión es un sentido de carácter inevitable de la cultura, así como una ilusión, o el célebre “acciones obsesivas y prácticas religiosas” en las que enmarca similitudes entre ambos quehaceres, o asimismo Lacan, cuando dialoga sobre el Nombre del Padre (primera persona de la santísima trinidad) o sus tres conferencias en Roma, así como también del discurso a los católicos donde dialoga, entre otras cosas, acerca del credo de tonterías tales como las certezas de un yo que es efecto y no un fin en sí mismo.

Pero este escrito surge de la reflexión de una paciente, creyente por cierto, que argumenta habitualmente dos frases en su espacio, a saber: por un lado, que “en la medida que crece en su fe, más ataques recibe de parte de espíritus malignos y acechanzas demoníacas” y, por otra parte, que “Dios es no-tiempo, pues para Dios un año es un segundo y un segundo son 100 años”. Estos fragmentos, sobretudo el segundo, me llevaron al señalamiento que Lacan lleva a cabo en el seminario 11: “Dios es inconsciente”, como posición inconsciente, como lugar vacío. Incluso, a referencias freudianas en el texto metapsicológico titulado lo inconsciente de 1915, que caracteriza a un inconsciente atemporal, no regido por la cronología ni el calendario, y enmarcado en el principio de placer y la energía libre y móvil.

S. es una paciente de 49 años, contadora y docente de primaria, que vive con sus padres al momento actual, pese a que está pagando un departamento el cual ya se encuentra en condiciones de ser habitado, ubicado en el centro de su localidad en la que reside, en la zona norte del Gran Buenos Aires. Se encuentra terminando estudios de posgrado, a dos materias de ser gestora en pensiones y jubilaciones.

La angustia subsume a la citada, cuando plantea que su pereza invade sus voluntades. Reza: “La pereza es un pecado”. El pecado es definido como la transgresión de un precepto divino, pero del modo que responde el catecismo, se repara mejor que no se peca sólo con lo que comúnmente llamamos acciones, sino hasta con deseos, pensamientos y palabras. A propósito de lo mencionado, la Biblia, en el evangelio de Lucas propone: “Les digo que así también será en el cielo: habrá más gozo por un

pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse”.

Por otra parte, el tema más recurrente de sus sesiones y aquel motivo de consulta que ella nombra como tal supone una relación conflictiva con su propio cuerpo. Ella se queja de su peso, de que no hace gimnasia, de que tiene “todo para arrancar” natación, zumba o calistenia, pero no lo hace. A su vez, registra una inhibición de volver a su casa, propiedad que aún está pagando y que no frecuenta puesto que vive con sus padres. Finalmente, no termina una carrera de posgrado que empezó hace tiempo, y sus dos finales pendientes están por vencerse. Con el correr de los encuentros revela que si ella baja de peso, puede volver a ser aquella que era en la adolescencia, una persona fría, distante y mala, y eso siente que le impide la empresa de llevar a cabo una dieta. Lacan plantea en discurso a los católicos que: “Estoy ligado a mi cuerpo por la energía propia que Freud ubicó como principio de la energía psíquica, el Eros (...) pero lo que amo, en la medida que hay un yo donde me fijo por una concupiscencia mental, no es ese cuerpo cuyo batir y cuya pulsación escapan evidentemente a mi control, sino una imagen que me engaña al mostrarme mi cuerpo es su Gestalt, su forma” (Lacan, p. 47). Agrega que me amo a mí mismo, mandamiento de las sagradas escrituras, en la medida que me desconozco esencialmente. En este sentido, en Televisión, Lacan plantea que: en el falo se resume el punto del mito donde lo sexual se hace pasión del significante. Dios padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, es un emblema férreo que opera como cristal lingüístico. Un cuerpo embelesado, Otro que habita, un desconocimiento de su malestar, de su existencia en esta tierra, de su invitación a la misión. Ese desconocimiento esencial, supone que existe un envasamiento, es decir, una libidinización imaginaria y consistente tal que une con cola o pegamento, esa burbuja vital que da cuenta de un ser. Esa devoción neurótica se emplaza gestálticamente sobre la fuerza del delirio paranoico que subyace, fragmentariamente, como telón de fondo. Dios es amor, San Pablo en su evangelio lo establece, a partir de pensar el templo cuerpo que cada uno como hermano de la iglesia encarna. Lacan es quien plantea, a la altura del seminario 20, que el amor es siempre recíproco, que tiende a la unión. De hecho, el yo gosoy que plantea en la Tercera conferencia en Roma, sede del Vaticano (donde habita el representante de San Pedro en la tierra), estableciendo un yo-soy, cuya homofonía es Je Suis, clara alusión a Jesús de Nazaret, hijo de Dios, verbo divino.

“Yo no sé quién soy ni para qué estoy en esta tierra, pero te puedo decir que antes de ser cómo soy ahora, era fría y distante, e incluso decía verdades sin pensar a quien tenía enfrente”. La religión ha sido un antídoto, un alivio a su corazón, ese que aguarda a un hombre bueno, que muchas veces falla en su elección al contemplar hombres imposibles, médicos o aquellos que ya son casados (sacramento de la Iglesia). Pero así como existe un Padre Bueno, que la acompaña y protege, ella empieza a hablar de un temor a los otros, y a los castigos.

En el seminario 8, en la sesión titulada: “crítica de la contrantransferencia”, Lacan plantea que: lo que yo les digo de la relación con el Otro es muy adecuado para exorcizar en parte ese temor que podemos sentir de no saber lo bastante sobre nosotros mismos. ¿Para qué estoy en esta tierra? La paciente S. aún no ha descubierto su misión, aquella que le daría un sentido y un alivio a su penar.

Empieza a repensar sus emblemas, a partir de señalamientos y escansiones desde la operación de lectura del analista. Su abuelo era el modelo de hombre desde el cual ella circula su realidad. Un hombre correcto, inteligente y caballero, siempre le pidió que ella conozca un hombre bueno, con títulos y no una persona cualquiera. Ella siente que si no conoce a una persona que reúna esos requerimientos, se revela una inconsistencia en su elección. Rompe en llanto cuando se va dando cuenta que “no hay hombres perfectos, sólo hay hombres”. Y no sólo se empieza a revelar y conmover una creencia desmedida en los dichos de este abuelo paterno con el que se identifica, sino que además, se empieza a asumir el riesgo que supone el amor como tal. Como dice la canción de Patricio Rey: “el maldito amor que tanto miedo da”. El neurótico hace lo que puede con el amor, el cual inviste de inhibiciones, síntomas y angustias. La paciente empieza a dar cuenta del riesgo que supone quemarse con las llamas del deseo que, en alguno de los casos, se enmarca en los andariveles del amor. Médicos, directores, personas de renombre empiezan a ocupar su carátula de fantasías.

Con el tiempo empieza quejarse de estos hombres ciertamente imposibles, que lo único que hacen, es volver siempre al mismo lugar: ese del fracaso en su intento de enamorarse, aquel que entrampa su empresa de saberse amada. Liga sus elecciones con su cuerpo, ya que si baja de peso también puede ser mirada por el Otro. Lacan sostiene que: “La mirada no se presenta a nosotros más que bajo la forma de una extraña contingencia” (Lacan, 1973, p. 85). El Otro se hace presente a través de la mirada y abre la pregunta de cómo se ubica el sujeto frente al Otro. Lacan dice en el seminario XI: “La

mirada que encuentro es, no una mirada vista, sino una mirada imaginada por mí en el campo del Otro”. Es sumamente importante poder distinguir visión y mirada, en términos lacanianos, hay una esquizia entre el ojo y la mirada. El órgano de la vista no implica la mirada. Y en el caso de nuestra paciente, la mirada del qué dirán y su propia mirada de sí frente al Otro, tiene mucho peso. Una especie de *Autrestima*, una visión de sí enmarcada en Otro del que se hace su voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Las confesiones van ganando terreno, incluso con respecto al pago que el analista lleva a cabo. Es Lacan quien sostiene en su célebre dirección de la cura, que uno de los tres pagos que el psicoanalista hace, en concordancia con la cuota que abona el analizante, se centra en sus palabras en la medida que son elevadas a nivel de la interpretación, su ética regida por el des-ser y su cuerpo, que es metamorfoseado por la transferencia. La paciente sostiene que con los dos psicólogos anteriores con los que estuvo, no se animó a contar de sí misma en las primeras dos sesiones, pues siempre le ha costado históricamente abrirse. Sin embargo, refiere que al ver por primera vez al analista, una luz recubrió el perímetro cefálico del mencionado, y esto para ella fue una señal de bondad, lo cual la habilitó para empezar a hablar, sin temor a ser juzgada. La transferencia tiene mucho de creencia, de parte del analista de suponer a un sujeto descentrado de las certezas yoicas, y, de parte del analizante, en el saber del terapeuta sobre su malestar y ante el enemigo de su alma, que ella lo nombra como el maligno.

S. empieza a escribir cuando presenta una semana crítica: problemas con su auto, su departamento con rastros de humedad, un préstamo variable por las tasas de interés igualmente variables. Refiere en ocasiones en esos mensajes, que cuando está triste, la consuela el hecho de ir a misa. Agrega que ha conocido a un padre, el cual le inspira confianza, y le ha hablado de crecer en su fe. Empieza a plantear palabras vivas extraídas del evangelio, palabra santa, a saber: “el trigo crece junto a la cizaña”. Esto le sirve para repensar la humedad, aquella que padece al ver las paredes de su casa, pero además, aquella que se acumula pensando que las cosas se arreglan sin su injerencia.

En una de sus sesiones más recientes, puesto que hay que agregar que continúa con su tratamiento al sol de hoy, S. empieza a hablar de sus relaciones con hombres imposibles: un director casado, un médico comprometido, entre otras elecciones. Cuando se empieza a horadar en tales decisiones afectivas, vuelve a empalmar sus dichos con la figura de su abuelo paterno, aquel que ella respetaba y amaba en demasía, pero además, con sus frases fue cimentando sus argumentos amorosos. Expresiones

tales como: “Tenés que ser virgen hasta el matrimonio” o “no estarás más que sólo con un hombre en tu vida”, guardan fuerte arraigo en la paciente. De hecho, se empieza a permitir ver qué le sucede cuando con estos hombres imposibles surgen diálogos que ponen a jugar dimensiones del coqueteo de su parte, inéditas hasta el momento. Estos temas brotan aquel encuentro, porque se empieza a preguntar por qué no puede tocar cosas con sus manos, o por qué se vive lavando las manos a cada rato. En sus asociaciones empieza a hablar de estos hombres que son inalcanzables y conjuran su insatisfacción, pero que sin embargo puede, ahora y antes no, poder tener charlas agradables y hasta ser un enigma la intención del otro. ¿No sé qué querrán, por qué son tan buena onda conmigo? Con Lacan podríamos decir: *¿Che vuoi? ¿Qué me quiere? ¿Qué pretende usted de mí?* Y siguiendo el decurso de alentadora tersura de sus pensamientos, S. se pregunta qué motivaciones esconden estas elecciones que llevan el rastro o la marca de lo imposible. Se pregunta: *¿Será que soy como Pilatos?* El analista responde: *y... él tuvo un gesto de lavarse las manos ante las decisiones que suponían salvarse (o no) de un castigo.* Ella guarda silencio, abre los ojos y argumenta: “es terrible, me siento igual”.

Luego de esa sesión, empiezan a emerger aquellas decisiones en las que la paciente “se lava las manos” tales como el ámbito académico o habitar su casa, más allá de sus decisiones y elecciones. Tiene dos finales pendientes de una especialización que arrancó y aún no puede terminar. Tiene una casa que la compró con su propia plata, pero aún sigue viviendo con sus padres. Según lo que plantea está cómoda. Pero a este enunciado inicial le sigue el siguiente: “no sé si me merezca recibirme y vivir en mi casa, como que esas cosas no son para mí”. S. empieza desdoblarse, empieza a recordar una época en la cual era dueña de sus elecciones, de sus mañanas inventadas: esa época era la escuela secundaria. En esa época se sentía empoderada, anímicamente mejor, con más ímpetu en sus voluntades. Hoy día siente que una parte de ella le impide llegar a lo que quiere. Esta otra parte como ella la llama, es una dimensión más tímida, tibia, que frena sus impulsos, que no apuesta por un devenir, sino que se queda cómoda en su guión habitual.

Las sesiones posteriores empiezan a versar sobre estas dos S. que no cesan de pelear en su interior, de librar batallas ante inhibiciones mortíferas, puniciones y pausas en su accionar. Se pauta empezar a terminar los finales adeudados, y estudiarlos en su casa, establecimiento que estaba abandonado por esa comodidad. Una comodidad que no

necesariamente es cómoda, ni confortable. Empieza a construir su templo, a partir de poder poner en cuestión el celibato como dictamen con el cual ya estaba casada hace bastantes años. Se empieza a hablar de la génesis de este celibato fantasmático, el cual enmarca su realidad desde vitrales cuyos colores obturan una emergencia: ¿Qué S. hay detrás de tantos miedos? “Una con potencia”, replica ella.

Al menos dos, dice Lacan cuando habla del ejercicio del psicoanalista. Un psicoanalista que interviene activamente, y el otro que reflexiona su accionar, dimensiones de la praxis, un ejercicio de lo simbólico frente a lo real, palo en la rueda, punto de goce que no cesa de no inscribirse. ¿Dan miedo los demás, da miedo recibirse, da miedo vivir, o acaso da más miedo mostrarse realmente y con eso poner en cuestión tanto mandato que inscribió y marcó su rutina? “Me preguntás eso y se me hace un nudo en la garganta” Los nudos son aquellas nominaciones que nos habitan, pero la angustia es ese afecto que no engaña, coordinada de un real que se entrama con una verdad que contrasta tanto mito religioso, tanta creencia fuertemente arraigada, tanta verdad fundamentalista.

Su tierra corazón, su templo cuerpo (conceptos de la religión cristiana) puede empezar a tener otras sedimentaciones que conmueven sus pasiones. Introducir puntos de conmoción ante su lavado de manos, gesto pilático que lejos de generar una calma, hoy establece una incomodidad, una cruz, un camino de doce estaciones en el cual se cae más de una vez, retornando al malestar. Un calvario que empieza a perder fuerza porque empieza a poder situarse frente al castigo ininterrumpido, laceraciones de un látigo y una corona de espinas que ella misma, desde su desdoblamiento, la excede, como su peso, ese de que se queja en reiteradas ocasiones. Cuando S. empieza a poder escucharse en sus oraciones, en sus enunciados, revisa su enunciación, esa que la desdobra en sus intentos por no caer míticamente en argumentos que revelan una distonía con sus ansias. ¿Qué pasa cuando esas palabras ya no definen su ser, cuando no soy ante eso que pienso, cuando no todo pasa por un Dios padre todopoderoso, o un representante del mismo, como un abuelo incuestionable? Empieza a hacerse un duelo por un abuelo con fisuras, demandante, con secretos familiares, con una intimidad extraterritorial que empieza a revelarse, con un hombre que no es trigo limpio ideal, y también está confeccionado con cizaña y signos que no son, precisamente, amor del bueno o signos positivos.

Se sigue trabajando con S., se continúa removiendo su tierra corazón, su templo cuerpo, su desdoblamiento éxtimo, su credo de verdades ilusorias a fuego. Sus acciones

obsesivas, cuya religiosidad privada constituye el corolario de su impulso constante, son el ceremonial que esconde otra versión, esa que no es sin la presentada, esa que convive, por Dios, con pasiones que adormecen aquellos emergentes que, como luces, empiezan a germinar y con su división, a una verdad revelada, no fundamentalista, pero verdad al fin. Lavarse las manos acaso no sea ya el combustible de una apuesta en marcha, que supone cargar la cruz pero no crucificarse, ni lacerarse, edulcorándose en un malestar de más, cuestionando los clavos argumentativos y, por qué no, hacer su voluntad, así en la tierra como en el deseo.